

# La Biblioteca Médica Nacional en su 40 aniversario *Remembranzas*

Carlos A. Javier-Zepeda\*

*Los libros son la herencia que los genios dejan a la humanidad, que son entregados de generación a generación como regalos para aquellos que todavía no han nacido.*

*Joseph Addison*

Era el año 1963, un grupo de jóvenes recién habíamos terminado el año de estudios generales, condición para ingresar a la carrera de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma, para entonces ya habíamos sido colados con algunos exámenes vocacionales además de los cursos enseñados por distinguidos profesores del CUEG. Cincuenta de nosotros, nos preparábamos mentalmente para enfrentar las ternas del examen de admisión para ingresar a la Facultad de Medicina, que daría por resultado la selección de treinta y cinco para iniciar los estudios ese mismo año. Eran días tensos pues las alternativas al no ser aceptado eran cambiar de carrera, esperar para el año siguiente o salir del país a estudiar en otras naciones.

Fue ese año que llegué por primera vez a la Facultad de Medicina, que entonces estaba en el edificio ubicado al sur del parque La Libertad de Comayagüela, uno de los tantos que a través de los años han sido sede de nuestra Escuela.

Al subir las escaleras de aquella mole de cemento armado, de amplias ventanas cuadradas y brillantes corredores,

había una habitación en la cual vi una pirámide de libros oscuros, cerrados y entreabiertos, abultados unos sobre otros, y se me ocurrió preguntar que a qué se debía ese maltrato, una persona que trabajaba en el edificio me dijo: "son libros viejos que van a quemar porque ahora hay una nueva Biblioteca", aquello me causó una impresión grande que aún conservo en mi memoria, después me enteré que aquellos libros eran donaciones de libros usados que se habían recibido para la biblioteca y que alguien los había dejado en forma desordenada por no considerarlos actualizados. No sé qué fin tuvieron aquellos volúmenes de aspecto lúgubre, como eran los libros de antes, con letras doradas casi borradas por el uso y el polvo, que lucían como condenados en tiempos de la inquisición al irremediable consumo en la hoguera. Años después, cuando visité algunas bibliotecas médicas en centros académicos de prestancia en el exterior, me enteré que a pesar del poco uso y la carencia de actualidad de muchas obras, se reservaba espacio para conservarlas, a veces en el sótano, donde descansaban del uso febril en sus mejores días, a manera de una casa de retiro para textos de la tercera edad.

En aquel edificio cuadrado de color gris la Facultad de Medicina ocupaba el segundo piso, nuestros vecinos verticales eran Odontología en el primero y Farmacia en el

\* Patólogo Clínico, Laboratorios Médicos, Tegucigalpa.  
Dirigir correspondencia a: cajavier@yahoo.com o Apartado postal 1453, Tegucigalpa.

tercero. En la esquina sur oriental que daba a la Calle Real, estaba el local de la Biblioteca Médica. Cuando ya éramos estudiantes de primer año (en aquel tiempo Estudios Generales no contaba como un año de la carrera de Medicina), compartíamos el tiempo entre las clases morfológicas en el Hospital General (San Felipe) en la mañana y algunas clases en el Edificio de Comayagüela por la tarde, nuestros ratos libres los distribuíamos entre la Biblioteca, los corredores y los balcones, pero por razón curiosa, raramente salíamos a la calle, hasta que había terminado el día.

La Biblioteca era un salón amplio, que yo lo miraba grande, habían unas mesas con sus sillas, rodeadas de estantes apoyados en las paredes, donde lucían muchos libros bien ordenados, en una sección estaban las revistas médicas y en la entrada, el mostrador de recepción que celosamente cuidaba la Bibliotecaria, la Profesora Isaura Montoya, quien había recibido instrucción en Bibliotecología en la Facultad de Medicina de El Salvador por instancias del Decano de la Facultad de Ciencias Médicas. Doña Isaura trataba de mantener una disciplina dentro de la Biblioteca pues como es natural, muchos de los estudiantes llegábamos sólo a platicar y a hacer bromas.

La Biblioteca nos servía más que nada para ir a estudiar nuestros propios textos, la mayor parte escritos en inglés. Eran muy pocos los profesores que nos estimulaban para hacer investigaciones bibliográficas, excepto cuando correspondía preparar los “seminarios” o temas de revisión de la literatura médico-científica, que eran obligatorios y que al ser calificados representaban una buena porción de la nota final, era entonces cuando acudíamos a la reserva

de información, escasa en aquellos tiempos, en nuestra biblioteca, donde tratábamos de encontrar lo que no estuviera en los textos mismos.

La Biblioteca Médica Nacional era uno de los componentes de un esfuerzo conjunto de renovación de la Facultad de Medicina, que se había iniciado poco tiempo atrás, después de un período letárgico de más de 20 años que siguieron al movimiento renovador de la década de los años 30, que entre otras realizaciones dio lugar a la fundación de la Asociación Médica Hondureña (AMH), organización que años después daría paso a la formación del Colegio Médico de Honduras.

Fue precisamente en el seno de la AMH que el Dr. Edgardo Alonzo Medina, propuso en el mes de febrero de 1962 la creación de una Biblioteca Médica Nacional, mediante la unificación de esfuerzos por parte de diversas organizaciones médicas y colecciones particulares y con la colaboración de instituciones internacionales. La propuesta del Doctor Alonzo Medina fue aceptada en forma unánime y la Facultad de Medicina mostró el mayor entusiasmo por la idea, siendo en aquel entonces su Decano el Doctor José Adán Cueva Villamil; así, el 22 de marzo de 1962 con la participación de representantes de la AMH, la Facultad de Ciencias Médicas, la Asociación Pediátrica Hondureña, la Sociedad Hondureña de Ginecología y Obstetricia, la Sociedad Hondureña de Medicina Interna y la Unión Médica Hondureña, se suscribió el documento de intención que más tarde daría vida a la Biblioteca y pocos meses después, el 15 de mayo de 1962, se suscribió el convenio entre los diferentes patrocinadores, el cual fue firmado por los siguientes representantes:

- Facultad de Ciencias Médicas
- Asociación Médica Hondureña
- Sociedad Hondureña de Medicina Interna
- Sociedad Ginecología y Obstetricia
- Asociación Pediátrica Hondureña
- Sociedad de Otorrinolaringología
- Sociedad de Traumatología y Ortopedia
- Asociación de Tisiología
- Sociedad Quirúrgica

- Dr. José Adán Cueva Villamil
- Dr. Edgardo Alonzo Medina
- Dr. Ramón Custodio López
- Dr. Joaquín Nuñez
- Dr. Armando Paredes
- Dr. Napoleón Alcerro Oliva
- Dr. Luis Samra
- Dr. Rigoberto Alvarado
- Dr. Armando Velásquez

En dicho convenio se decidió que la Biblioteca funcionaría bajo la tutoría y vigilancia de la Facultad de Ciencias Médicas y que las asociaciones médicas firmantes se comprometían al enriquecimiento permanente de la bibliografía médica.

Además de las personas mencionadas anteriormente, contribuyeron significativamente en el esfuerzo de organizar la Biblioteca los doctores Ramón Larios Contreras, Shibli Canahuati, Carlos Antonio Delgado, Silvio Renato Zúñiga, Jesús Rivera h., Ramiro Figueroa, Ignacio Midence, Gilberto Osorio Contreras, Nicolás Odeh Nasrala y Angel Vargas.

Se nombró un Consejo de Administración integrado por los doctores Edgardo Alonzo Medina, Jorge Haddad Quiñonez, Francisco Alvarado y Ramón Custodio López. Desde su sesión inaugural, este grupo directivo, hizo la propuesta visionaria de que la Biblioteca contara con su propio edificio “proyectado con las más modernas concepciones”, sueño que aún no se realiza, pero que algún día será motivo de orgullo cuando se dé, quizás, otro gran giro de renovación en la historia de la educación médica en Honduras.

En su organización inicial, la Biblioteca Médica Nacional contó con el apoyo de la Fundación Rockefeller de los Estados Unidos de América, que además de una donación de \$ 10,000.00 patrocinó la visita de una asesora en Bibliotecología, la señorita Louise Darling, entonces Vicepresidenta de la Asociación Americana de Bibliotecólogos, quien trabajó junto con la Profesora Isaura Montoya durante 4 meses. Al momento de su fundación la Biblioteca contaba con 1500 títulos de libros y 40 suscripciones de revistas.

En los años subsiguientes vimos crecer la biblioteca con paso lento pero seguro, así cursamos el segundo, tercero y cuarto años yendo y viniendo de aquel geométrico edificio, hasta que nos absorbieron del todo las actividades académicas clínicas dentro del Hospital General.

Siendo alumno de quinto año ayudaba al doctor Ramón Custodio, Profesor de asignatura de Patología Clínica, a recopilar artículos de las distintas revistas médicas que sirvieran para ilustrar sus lecciones y a preparar algún material audiovisual, en esos días (c. 1966) todavía la Biblioteca se encontraba en el mismo edificio, pero a

finales de esa década, la Facultad de Medicina fue trasladada al edificio que durante el Gobierno del Dr. Ramón Villeda Morales había sido construido con visión futurista para la Escuela Nacional de Enfermería. Todavía a esta fecha la Facultad de Ciencias Médicas ocupa dicho local.

El final de esa década coincidió con el final de mi formación de pregrado y unos meses después me alejé del país por varios años, durante los cuales la Biblioteca siguió creciendo. En 1970 pasó a ser una unidad especializada del sistema Bibliotecario de la UNAH y parte de la Red Latino-americana de Información en Salud que funciona bajo el auspicio de la Organización Panamericana de la Salud. Entre 1971 y 1973 la Biblioteca Médica estuvo a cargo de la Lic. Edila Butori de Rivera, Bibliotecóloga de nacionalidad brasileña.

A mi regreso en 1975 la encontré instalada en el sitio que hoy ocupa el Auditorio Dr. Jorge Haddad de la Facultad de Ciencias Médicas, había crecido su colección y había aumentado su personal, pero el espacio era muy limitado.

En 1976 se nombró como Directora de la Biblioteca a la Licenciada Rosa Amalia Lardizabal de Zavala. Su dinamismo e interés en el desarrollo de la Biblioteca eran contagiosos, su profesionalismo y dedicación la hicieron merecedora del reconocimiento que se le hizo después de su lamentable y temprano deceso en enero de 1995, al darle su nombre a la Biblioteca Médica Nacional. La Licenciada Lardizabal fue una persona muy amable, atenta y servicial y para mí es un privilegio haber cultivado su amistad. Luchó incansablemente para obtener un local para ubicar la Biblioteca, donde pudieran ordenarse y protegerse las colecciones de libros y revistas y ya soñaba con el desarrollo de los sistemas electrónicos de información que actualmente son parte integral de las bibliotecas modernas.

Por esos años 1975-1988 me desempeñaba como Profesor de Patología en la Facultad de Ciencias Médicas y trataba de estimular en los estudiantes la investigación bibliográfica, hasta que por orden superior del Vice Decano se me instruyó que no podía exigirle a los alumnos la lectura de publicaciones en inglés, aunque más del 80% del contenido de la Biblioteca era material escrito en ese idioma.

En ese período inicié la producción de material de estudio que les permitiría a los estudiantes tener un texto de lectura dirigida para la asignatura de Patología Clínica en forma de folletos o cuadernillos que para cada tema del programa eran reproducidos en mimeógrafo, todo el material de consulta para su elaboración fue obtenido de los libros y revistas de la biblioteca y de mi colección personal y fue el primordio de lo que años después vendría a ser el libro “Patología Clínica – Manual para el Médico General” publicado recientemente.

Durante la gestión administrativa de la Licenciada Lardizabal de Zavala la Biblioteca fue trasladada al tercer piso del edificio de Ciencias Morfológicas de la Facultad de Ciencias Médicas donde permaneció entre 1980 y 1984, pero este local era totalmente inadecuado y las colecciones de libros y revistas estaban siendo amenazadas por un deterioro acelerado debido al excesivo calor y a la entrada de hollín proveniente de las calderas del Hospital Materno Infantil, por lo que se iniciaron gestiones para que fuera trasladada al primer piso del mismo edificio. Allí se crearon en forma separada las secciones de libros y revistas y se amplió la sala de lectura. Con el tiempo este espacio ha resultado ser insuficiente e inadecuado y sigue siendo una necesidad la construcción de un local especialmente diseñado para la Biblioteca con suficiente capacidad para crecer por lo menos durante los próximos 25 a 50 años.

En 1987, la Biblioteca Médica Nacional se convierte en la Unidad Coordinadora de la Red de Información Documentada en Salud de Honduras, que fue creada por un acuerdo entre la Secretaría de Salud, el IHSS, la Facultad de Ciencias Médicas y la Secretaría de Planificación, Coordinación y Presupuesto.

La Biblioteca en los últimos años ha contado con el apoyo generoso de diversas organizaciones como la OPS y el Proyecto HOPE y donaciones de colecciones particulares que han enriquecido su contenido. Además, se ha beneficiado de la asesoría voluntaria de los miembros del Comité de la Biblioteca Médica Nacional.

Al retiro de mi actividad formal como Profesor en la Facultad, ya la Biblioteca contaba con más de 9000 libros y la sección de hemeroteca con más de 220 suscripciones de revistas e incluía entre sus servicios el préstamo de publicaciones, la compilación de bibliografías, la sección

de referencia, la disseminación de información, la fotoduplicación, la conmutación o préstamo interbibliotecario, la asistencia a las salas de lectura, la impartición de cursos sobre uso de la biblioteca y la exhibición de documentos, iniciándose ese año el uso de la tecnología de información con un ordenador que fue donado por FEPAFEM. Sin embargo, las limitaciones presupuestarias, el alza en el costo de los libros y revistas y la devaluación de la moneda han causado honda mella en la Biblioteca que se ve impedida de crecer y mantener sus colecciones al ritmo que debería.

Retirarse de la actividad docente para dedicarse al ejercicio privado de la profesión médica es un cambio drástico que aunque no se desee, lo aleja a uno del ambiente universitario, incluso de la Biblioteca, he compensado esa deficiencia en parte fortaleciendo mi biblioteca personal, pero el deseo de volver de vez en cuando a la Biblioteca Médica Nacional a buscar alguna referencia es imperioso.

Desde el año 2001 la Biblioteca se encuentra bajo la dirección de la Doctora Martha Cecilia García y cuenta con un eficiente personal, entre ellas dos personas que han sido conmigo particularmente atentas y colaboradoras, Lic. Lina de Romero y la Sra. Olga de Montes, a quienes estimo mucho. Sin dejar a un lado a los otros empleados que con confianza me permiten entrar y escurrir libremente entre los anaqueles de libros y revistas.

En el mes de febrero del presente año (2002), durante la gestión administrativa del Decano Dr. Antonio R. Nuñez y por gestión de su actual directora y de la Lic. Nelly Rodríguez, Directora del Sistema Bibliotecario de la UNAH, la Biblioteca inauguró el nuevo servicio con conexión al mundo globalizado de la información con acceso a Internet con la cooperación de la Biblioteca Nacional de Medicina de los Estados Unidos de América, del Centro Regional de Información sobre Desastres (CRID) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS), quienes en vista de la trayectoria de esta Biblioteca la seleccionaron para llevar a cabo el Proyecto “Mejorando el Acceso a la Información en Salud y Desastres”, con el que se fortaleció la infraestructura técnica dotándola del equipo básico de computación y brindando capacitación al personal en el uso de recursos de información. La Biblioteca tiene su página web: <http://cidbimena.desastres.hn> donde se puede encontrar información general y hacer consulta de documentos

electrónicos relacionados con la salud, así como búsquedas en bases de datos nacionales e internacionales. Por gestiones de la OMS, se ofrece además acceso a la hemeroteca virtual con 2082 títulos de revistas biomédicas en texto completo vía internet.

Todavía esta pendiente de escribirse la historia de la Biblioteca Médica Nacional, es una tarea para un investigador formal que revise los documentos que le permitan extraer el historial en forma más ordenada y precisa.

Al hacer estas reminiscencias, me doy cuenta que ha pasado bastante agua debajo del puente y siendo parte bibliómano y parte bibliófilo, mantengo la esperanza de que

algún día la Biblioteca tendrá una estructura física merecida, donde quizás los fantasmas de muchos de nosotros acompañarán la quietud de los libros que pacientemente esperan ser consultados.

Quiero terminar este opúsculo con una breve cita de Osler, pronunciada en su discurso “Libros y Hombres” en ocasión de la inauguración de la Biblioteca Médica de Boston en 1901: *“Una Biblioteca, después de todo, es un gran catalizador que acelera el progreso de una profesión”*.

Es un deber de todos nosotros apoyar dentro de sus posibilidades a nuestra Biblioteca Médica Nacional.

---

---

QUIEN NO COMPRENDE UNA MIRADA TAMPOCO COMPRENDERÁ  
UNA LARGA EXPLICACIÓN.

*PROVERBIO ÁRABE*